

MOTIVOS

I

A LA MANERA ANTIGUA

No la veréis en el festín riente,
vertiendo luz la túnica de oro:
la belleza es su velo transparente,
y la virtud su divinal tesoro.

Violeta humilde que a la sombra vive,
donde su aroma embriagador consume,
Ella mi oculta adoración recibe,
y aspiro allí su virginal perfume.

Nada valen los nítidos diamantes,
nada, la luz que por Oriente asoma,
cuando ruedan dos lágrimas amantes
de sus hermosos ojos de paloma.

Su imagen bella, como blanca nube
que flota en el azul de mi memoria,
ya en alas del ensueño a lo alto sube,
ya besa mi alma, convertida en gloria.

Si volando a la luz no alcanzo el cielo,
si persigo el Edén y encuentro el Polo,

Ella es la cima do a parar el vuelo
voy tras el huracán, perdido y solo.

Aguila soy que destrozó sus alas
en largo batallar con la tormenta,
y Ella me ciñe de impalpables galas
y con amor mi corazón calienta.

Si su boca risueña y perfumada
frases murmura de amoroso hechizo,
sucede entre mi sér una alborada
a las tinieblas que su voz deshizo.

Mi noche sólo a atravesar alcanza
de su mirar la voladora estrella;
vivir podré sin fe, sin esperanza,
¡ah! pero nunca sin su amor, sin Ella!....

II

A LA MANERA MODERNA

..... *Consonances d'une
désolation incomparable.*

MAURICE BARRÉ.

Venid calladas horas de místico recuerdo,
que en el profundo vórtice de la memoria pierdo
con el naufragio de un ¡Ayer!
Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
como refleja el fondo de límpida corriente
el gris del turbio anochecer....

Resurja ya el paisaje cubierto de neblina
 que a los fulgores trémulos de lumbre vespertina,
 mis ojos vieron con amor,
 buscando consonancias para mi sér enfermo
 sobre la tierra estéril de aquel infausto yermo
 lleno de musgos y de horror.

Allí las mustias frentes de los onhiestos montes
 tendidos en falange robaban horizontes
 con el negror de su capuz;
 y yo guardaba el tedio que a imagen de esas rocas
 oprime los espíritus con sus heladas tocas
 y pára el vuelo de la luz!

Un mirto reflejóme, de macilentos troncos
 que oyó morir sus hojas entre sonidos roncros
 y desamparo noctural;
 sobre su hendido pecho crece una irídea blanca
 que vivirá si un hálito de tempestad no arranca
 al viejo amante tropical....

Y vi las muertas aguas donde sus tallos truncos
 reclinan tristemente los amarillos juncos
 faltos de aliento juvenil;
 sobre las aguas gélidas de la dormida charca
 un pálido nelumbio que leve brisa enarca
 mueve su cáliz de marfil.

Yo cifro el mudo lago de la Melancolía
 do nacen los ensueños que viven sólo un día
 sin vér la ráfaga estelar;
 y entre la urdimbre oscura que su candor agobia
 tiembla—nenúfar místico—la imagen de una novia
 con fresco nimbo de azahar.

.....

¡Venid! calladas horas de mágico recuerdo,
 que en el profundo vórtice de la memoria pierdo
 con el naufragio de un ¡Ayer!
 Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
 como refleja el fondo de límpida corriente
 el gris del turbio anochecer.

CROQUIS

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio . . .

Mansamente

bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho . . .

Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima oscura
se rompió con estrépito la frente.

GUILLERMO VALENCIA

27

Era el amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta a los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío:
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
¡enmudecía la ciudad inmensa!
y me dije: ¡quién sabe
si aquellas tennes gotas de rocío,
si aquella casta lluvia
son lágrimas que vienen del vacío,
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
¿fuiste su ninfa ausente?
¿eres su novia muerta,
a los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo.
cuéntame a solas su pasión secreta:
¿fue él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz inquieta
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo . . .

.....

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavura
mana del fondo de la sima oscura;
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente.....

MOISÉS

I

LA ESTATUA

....Y dijo al mármol: ¡vive! De las entrañas duras
surge el profeta irguiendo su centenario busto
con las pupilas hondas, inmóviles y oscuras
cavadas en el hielo de su semblante augusto.

Las sienes, calcinadas del rayo en las alturas,
la planta, vencedora del arenal adusto,
y de su añosa barba las vívidas alburas
la majestad le dieron de un Hércules vetusto.

Ceñido el rudo torso de piel sedeña, un manto
veló, de niveos pliegues, su gigantéz de roble;
con musculosos dedos asió la ley del Santo

sobre ancha piedra escrita; y en ademán sereno,
alzada al infinito quedó su faz inmoble,
como escuchando el sordo repercutir de un trueno....

II

EL SIMBOLO

¡Silve pujante macho! Vigor de primavera
erige en altas curvas tu carne floreciente,
y porque al mundo asombre tu ancianidad de fiera
a Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.

Tú cifras, como el hombre que vio la luz primera,
la sangre de los brutos y la divina mente:
en ti palpita el láveh de la estrellada esfera
y en ti destella el Fauno de la pagana gente.

Eres Fuerza, eres Alma, eres Valor tranquilo:
en ti se humana el Kosmos; tus brazos de gigante
saciaron de aguas vivas los áridos desiertos.

¡Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo,
si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante,
si desgarró tu mano la noche de los muertos!

ELLA

Sumida entre la lóbrega cantera
de mi cerebro calcinado, pura
como el diamante en el carbón, fulgura
su faz como la vi por vez primera.

Y, cual rendido lapidario, espera
mi amor, ciña la humilde vestidura
en que hoy envuelvo su ideal figura
de artista, de mujer y de hechicera.

Si algo palpita en mi Poema, gota
de agua en el arenal, si deja huella
o consigue ligar un alma rota;

si desgarrar las sombras la centella
de un verso-luz que en el olvido flota,
es su lejana irradiación: ¡es Ella!

EN UN ALBUM

Hay Damas que nacieron para mostrarse un día
ceñidas en coronas de lírico florón;
para vivir tus sueños, gentil Caballería,
en brazos de un mancebo de golas y toisón:

Nacieron bajo el astro de la Galantería
a perfumar un siglo, como la Maintenon,
o ennoblecer su tribu con la raza bravía
que mancha de cien águilas el oro de un blasón.

Hay manos que pudieran regir con áureas bridas
el cisne que conduce las almas elegidas,
¡por lagos perezosos, a olímpico País!

Hay dedos que transforman cuanto palpan sus yemas:
en gemas los guijarros, las prosas en poemas,
¡y la flor de los trivios en heráldico Lis!

TURRIS EBURNEA

¡Abreme, Torre de marfil, tus puertas!
El mal y el bien, los hombres y la Vida
a ti no alcanzan, ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida;
ni a la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive a tu amparo la Belleza: muda,
impasible, glacial; última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego;

yo—como el ave que Minerva escuda—
quiero en la lumbre de su faz radiosa
¡pacentar mis círculos de fuego!

PALEMÓN EL ESTILITA

Enfuriado el Maligno Espíritu de la devota e sancta vida que el dicho ermitaño facía, entróle fuertemiente deseo facerlo caer en grande y carbónico peccado. Ca estos e non otros son sus pensamientos e obras.

APELES MESTRES.—*Garín.*

Palemón el Estilita, sucesor del viejo Antonio, que burló con tanto ingenio las astucias del demonio, antiquísima columna de granito se ha buscado en el desierto por mansión, y en un pie sobre la *stela* ha pasado muchos días inspirando a sus oyentes el horror a los judíos y el horror a las judías que endiosaron ¡Dios del Cielo! que endiosaron a una hermosa de la vida borrascosa, que llamaban Herodías.

Palemón el Estilita «era un Santo.» Su retiro circuían mercaderes de Lycoples y de Tiro,

judaizantes de apartadas sinagogas que anhelaban de sus labios escuchar la palabra de consuelo, la palabra de verdad que nos salve del castigo y de par en par el Cielo nos entregue: solo abrigo contra el pérfido enemigo que nos busca sin cesar y nos tienta con el fuego de unos ojos que destellan bajo el lino de una toca, con la púrpura de frescos labios rojos y los pálidos marfiles de una boca.

Al redor de la columna que habitaba el Estilita, como un mar efervescente, muchedumbre ingente agita, los turbantes, los bastones y los brazos, y demanda su sermón al solitario cuya hueca voz de enfermo fuerza cobra ante la mies que el Señor ha deparado a su hoz, y cruza el yermo que turbaron otros tiempos los timbales de Ramés.

Y les habla de las obras de piedad y sacrificio, de las rudas tentaciones del Apóstol, y del vicio que llevamos en nosotros; del ayuno y el cilicio, del vivir año tras año con las fieras bajo rotos quitasoles de palmeras; y les cuenta lo que es sed y lo que es hambre, lo que son las noches cálidas de Libia, cuando bulle de planetas un enjambre,

y susurra en los palmares la aura tibia,
 que provocan el ánimo cansado
 de una vida muerta y loca
 los recuerdos tormentosos
 que en los días pesarosos,
 que en los días soñolientos
 de tristezas y de calma
 nos golpean en el alma
 con sus mágicos acentos
 cual la espuma débil
 toca
 la cabeza dura y fría
 de la roca.

De la turba que le oía
 una linda pecadora
 destacóse: parecía
 la primera luz del día,
 y en lo negro de sus ojos
 la mirada tentadora
 era un áspid: amplia túnica de grana
 dibujaba las esferas de su seno;
 nunca vieran los jardines de Ecbatana
 otro talle más airoso, blanco y lleno;
 bajo el arco victorioso de las cejas
 era un triunfo la pupila quieta y brava,
 y, cual conchas sonrosadas, las orejas
 se escondían bajo un pelo que temblaba
 como oro derretido;
 de sus manos blancas, frescas,
 el purísimo diseño
 semejaba lotos vivos
 de alabastro,

irradiaba toda ella
 como un astro:
 era un sueño
 que vagaba
 con la turba adormecida
 y cruzaba
 —la sandalia al pie ceñida—
 cual la muda sombra errante
 de una sílfide,
 de una sílfide seguida
 por su amante.

Y el buen monje
 la miraba,
 la miraba,
 la miraba,
 y, queriendo hablar, no hablaba,
 y sentía su alma esclava
 de la bella pecadora de mirada tentadora,
 y un ardor nunca sentido
 sus arterias encendía,
 y un temblor desconocido
 su figura
 larga
 y flaca
 y amarilla
 sacudía:
 ¡era amor! El monje adusto
 en esa hora sintió el gusto
 de los seres y la vida;
 su guarida
 de repente abandonaron
 pensamientos tenebrosos

que en la mente
se asilaron
del proscrito
que, dejando su columna
de granito,
y en coloquio con la bella
cortesana,
se marchó por el desierto
despacito . . .
a la vista de la muda,
¡a la vista de la absorta caravana!

CIGÜEÑAS BLANCAS

Ciconia pietatis cultrix.

PETRONIO.

De cigüeñas la tímida bandada
recogiendo las alas blandamente
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente;

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte bajo la cúpula radiante
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante.

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos
al abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro unidos,

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco

que evoca, cuando el sol se despereza,
las lentas agonías de lo Blanco.

Con la veste de mágica blanca,
con el talle de lánguido diseño,
semeja en el espacio su figura
el pálido estandarte del Ensueño.

y si, huyendo la garra que la asecha,
el ala encoge, la cabeza extiende,
parece un arco de rojiza flecha
que oculta mano en el espacio tiende.

A los fulgores de sidérea lumbre,
en el vaivén de su cansado vuelo,
fingen, bajo la cóncava techumbre,
bacantes del azul *ebrias de cielo*....

* *

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Y restauró del mundo los abriles
que ya no volverán, horas risueñas
en que ligó sus ansias juveniles
al lento crotorar de las cigüeñas.

Ora dejando las heladas brumas
a Grecia piden su dorado asilo;
ora baten el ampo de sus plumas
en las fangosas márgenes del Nilo.

Ya en el Lacio los cármenes de Oriente
olvidan con sus lagos y palmares

para velar en éxtasis ardiente
al Dios de la piedad en sus altares.

Y junto al numen que el romano adora
abre las alas de inviolada nieve;
en muda admiración, hora tras hora,
ni canta, ni respira, ni se mueve.

Y en reposo silente sobre el ara,
con su pico de púrpura encendida,
tenue lámpara finge de Carrara,
sobre vivos colores sostenida.

¡Ostro en el pico y en tu pie desnudo
ostro también! ¿Corriste desalada
allá do al filo de puñal agudo
huye la sangre en trémula cascada?....

Llevas la vestidura sin mancilla,
—prez en el Circo—de doncella santa,
cuando cortó la bárbara cuchilla
la red azul de su gentil garganta.

* *

Todo tiene sus aves: la floresta,
de mirlos guarda deliciosos dúos;
el torreón de carcomida testa
oye la carcaja de los buhos;

la Gloria tiene al águila bravia;
albo cero de cisnes los Amores;
tienen los montes que la nieve enfria
la estirpe colosal de los condores;

y de lo Viejo en el borroso escudo
—reliquia de volcado poderío—

su cuello erige en el espacio mudo
ella, la novia lánguida del frío.

La cigüeña es el alma del Pasado,
es la Piedad, es el Amor ya ido:
mas su velo también está manchado
y el numen del candor, envejecido.

¡Perlas, cubrid el ceñidor oscuro
que ennegrece la pompa de sus galas!
¡Detén, Olvido, el oleaje impuro
que ha manchado la albura de sus alas.

* * *

Turban sus vuelos la voluble calma
del arenal—un cielo incandescendente—
y en el dorado límite, la palma
que tuesta el rojo luminar: ¡Oriente!

Tú que adorabas la cigüeña blanca,
¿supiste su virtud? Entristecida
cuando una mano pérfida le arranca
su vagarosa libertad, no anida.

Sacra vestal de cultos inmortales,
con la nostalgia de su altar caído,
se acoge a las vetustas catedrales
y entre sus grietas enmaraña el nido;

abandona las húmedas florestas
para buscar las brisas del verano,
y remonta veloz llevando a cuestras
el dulce peso de su padre anciano.

Es la amiga discreta de Cupido,
que del astro nocturno a los fulgores,

oye del rapazuelo entretenido
historias de sus íntimos amores:

con la morena de ceñida boca,
altos senos, febril y apasionada,
de exangües manos y mirar de loca
que enerva como flor emponzoñada;

o con la niña de pupilas hondas,
—luz hecha carne, floración de cielo!...
que al viento esparce las guedejas blondas
y es la carnal animación del hielo;

con la rubia de cutis perla y grana,
semitica nariz y azul ojera,
que parece, al través de su ventana,
casta virgen de gótica vidriera...

* * *

Esas aves me inquietan: en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas,
con sus ojos que buscan el Oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la Quimera,
atravesan en mística bandada
en busca de amorosa Primavera;

y no ven, cual los pálidos cantores—
más allá de los agrios arenales,—

gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de Abril, las noches invernales.

Encanecida raza de proscritos,
la sien quemada por divino sello:
náufragos que perecen dando gritos
entre faros de fúlgido destello.

Si pudiesen, asidos de tu manto,
ir, en las torres a labrar el nido;
si curase la llaga de su canto
el pensamiento de futuro olvido;

¡ah! si supiesen que el soñado verso,
el verso de oro que les dé la palma
y conquiste, vibrando, el Universo,
¡oculto muere sin salir del alma!

Cantar, soñar . . . conmovedor delirio,
deleite para vulgo; amargas penas
a que nadie responde; atroz martirio
de Petronio cortándose las venas . . .

¡Oh Poetas! Enfermos escultores
que hacen la forma con esmero pulcro,
¡y consumen los prístinos albores
cincelando su lóbrego sepulcro!

Aves que arrebatáis mi pensamiento
al limbo de las formas; divo soplo
traiga desde vosotras manso viento
a consagrar los fillos de mi escoplo:

amo los vates de felina zarpa
que acendran en sus fillos amargura,

y lívido corcel, mueven el arpa,
a la histérica voz de su locura.

Dadme el verso pulido en alabastro,
que, rígido y exangüe, como el ciego
mire sin ojos para ver: un astro
de blanda luz cual cinerario fuego.

¡Busco las rimas en dorada lluvia;
chispa, fuentes, cascada, lagos, ola!
¡Quiero el soneto cual león de Nubia:
de ancha cabeza y resonante cola!

* * *

Como el oso nostálgico y ceñudo,
de ojos dolientes y velludas garras,
que mira sin cesar el techo mudo
entre la cárcel de redondas barras,

esperando que salte la techumbre
y luz del cielo su pestaña toque;
con el delirio de subir la cumbre
o de flotar en el nevado bloque:

del fondo de mi lóbrega morada,
coronado de eneldo soporoso,
turbia la vista, en el azul clavada,
alimento mis sueños, como el oso;

y digo al veros de mi reja inmota
pájaros pensativos de a bas penas:
¡quién pudiera volar a donde brota
la savia de tus mármoles, Atenas!

De cigüeñas la tímida bandada,
deplegando las alas blandamente,

voló desde la torre abandonada
a la luz del crepúsculo naciente,

y saludó con triste algarabía
el perezoso despertar del día;
y al esfumarse en el confín del cielo,
palideció la bóveda sombría
con la blanca fatiga de su vuelo....

LAS DOS CABEZAS

*«Omnis plaga tristitia cordis est et
omnis malitia, nequitia mulieris.»*

EL ECLESIASTICO

JUDITH Y HOLOFERNES (TESIS)

Blancos senos, redondos y desnudos, que al paso
de la hebrea se mueven bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro,
vivaces como estrellas sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
da la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de miel hincha la pulpa de sus carnes. El llor
no dio nunca a esa faz languideces de ocaso.

Yacente sobre un lecho de sándalo, el Asirio
reposa fatigado, melancólico cirio
los objetos alarga y proyecta en la alfombra....

Y ella, mientras reposa la bélica falange
muda, impasible, sola, y escondido el alfanje,
para el trágico golpe se recata en la sombra.

Y ágil tigre que salta de tupida mal·za,
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble, sin robarle un gemido,
del atlético tronco desgajó la cabeza.

Como de ánforas rotas, con urgida presteza,
desbordó en oleadas el carmín encendido,
y de un lago de púrpura y de sueño y de olvido,
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el ojo apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba, en sortijas, al ungido cabello
se apiñaban las sombras en siniestro derroche

sobre el livido tajo de color de granada
y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la Noche.

SALOME Y JAOKANANN

(ANTÍTESIS)

Con un aire maligno de mujer y serpiente,
cruza en rápidos giros Salomé la gitana
al compás de los crótalos. De su carne lozana
vuela equívoco aroma que satura el ambiente.

Danza todas las danzas que ha tejido el Oriente:
las que prenden hogueras en la sangre liviana
y a las plantas deshojan de la déspota humana
o la flor de la vida, o la flor de la mente.

Inyectados los ojos, con la faz amarilla,
el caduco Tetrarca se lanzó de su silla
tras la hermosa, gimiendo con febril arrebato:

«Por la miel de tus besos te daré Tiberiades,»
y ella dicele: «En cambio de tus muertas ciudades,
dame a ver la cabeza de Esenio en un plató.»

**

Como viento que cierra con raquítico arbusto,
 en el viejo magnate la pasión se desata,
 y al guiñar de los ojos, el esclavo que mata
 apercibe el acero con su brazo robusto.

Y hubo grave silencio cuando el cuello del Justo,
 suelto en cálido arroyo de fugaz escarlata,
 ofrecieron a Antipas en el plato de plata
 que él tendió a la sirena con medroso disgusto.

Una lumbre que viene de lejano infinito
 da a las sienes del mártir y a su labio marchito
 la blancura llorosa de cansado lucero.

Y—del mar de la muerte melancólica espuma—
 la cabeza sin sangre del esenio se esfuma
 en las nubes de mirra de sutil pebetero.

LA PALABRA DE DIOS

(SÍNTESIS)

Cuando vio mi poema Jonatás el Rabino
 (el espíritu y carne de la bíblica ciencia),
 con la risa en los labios me explicó la sentencia
 que soltó la Paloma sobre el Texto divino.

Nunca pruebes, me dijo, del licor femenino,
 que es licor de mandrágoras y destila demencia;
 si lo bebes, al punto morirá tu conciencia,
 volarán tus canciones, errarás el camino.

Y agregó: Lo que ahora vas a oír no te asombre:
 la mujer es es el viejo enemigo del hombre;
 sus cabellos de llama son cometas de espanto.

Ella libra la tierra del amante vicioso,
 y Ella calma la angustia de su sed de reposo
 con el jugo que vierten las heridas del santo.